



Para los indígenas yanakuna, cada sendero y montaña verde es un testimonio sagrado de su conexión ancestral con la tierra, un vínculo vital que nutre su identidad y espiritualidad.

Oralitura y mundo quechua desde el Chinchaysuyu en Colombia*

FREDY CHIKANGANA

Mana-ima cay ccaynarak
Mana-ima
Ñoccanchispari thatquiy wawamanta
Imapas cacuchun huaccay ñoccanchispatmay.

*Nada será como antes
nada
y nuestros pasos de niño
habrán de llorar nuestra partida.*

“Mana-ima”, poema en quechua (o runa shimi) de Fredy Chikangana.

ORIGEN Y RECORRIDOS DE LA MEMORIA

En la ley de origen del pueblo quechua yanakuna, la vida surge de la relación entre los *tapuku*, que son seres de vapor; Inti, que es el sol, y el *k'uichi*, que es el arcoíris. Los *tapuku* ascienden desde el fondo de la tierra al mundo que ocupamos los humanos y luego al firmamento. En los tres mundos: Uku Pacha, que es bajo tierra, Kay Pacha, donde vivimos, y Hanan Pacha, el firmamento, hay leyes y mandatos para poblar y vivir en la tierra. Por eso, los yanakuna somos gente del agua en su relación con el sol y el arcoíris. La palabra llega a través del calentamiento del pensamiento con plantas sagradas como la hoja de koka.

De acuerdo con la ley de origen, los yanakuna hacen ofrenda y pago con semillas, flores y plantas medicinales que se entregan al agua, a la montaña, al viento, a la misma tierra, al fuego, a las *wakas* o sitios sagrados, pues se considera a la Pachamama, la tierra, como madre de todo y se le agradece por la bondad del alimento y la vida. En términos de territorio, el yanakuna forma parte del Chinchaysuyu, que fue la región trazada por los incas para establecer su mando, antes de la llegada del invasor español, y comprende lo que hoy día es Ecuador y Colombia. Los yanakuna reivindican la palabra quechua. Su cosmovisión surge de la vivencia, de la manera de entender el mundo que se comparte con quechuas de Perú, Bolivia, Ecuador y parte de Argentina. En la concepción

Escritor, oralitor, *amawta* y poeta originario del pueblo quechua yanakuna, en el departamento del Cauca. En la lengua de su pueblo, su nombre es Wiñay Mallki. Es antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia.

* Todas las imágenes que acompañan este texto son cortesía del autor.

La *wiphala*, símbolo de la diversidad y unidad de los pueblos indígenas, acompaña cada paso del caminante, recordando la importancia de recorrer y proteger el territorio ancestral.



1. Para mayor información sobre esta denominación de Abya Yala y su relación con la oralitura consulte el artículo introductorio de este Boletín.
2. Se han fortalecido símbolos como la *chakana* que es la cruz del cosmos; la *wiphala*, un tipo de estandarte de colores; el *k'uichiyana*, otro estandarte de siete colores; la hoja de koka y su memoria ritual, y la *ayawaska*, una planta de poder.

de la vida y el territorio no existen fronteras: se dice que el yanakuna es hijo de Abya Yala (América)¹. Desde la cosmovisión yanakuna, las ofrendas y pagamentos se celebran en el marco de las siguientes fiestas: Inti Raymi (fiesta al sol), Koya Raymi (fiesta de la mujer o de la luna), Aya Markay Quilla (día de los difuntos), Kapak Raymi (fiesta del retoñar de la madre tierra), Pawkar Raymi (fiesta del florecimiento), Chakana Raymi (fiesta de la *chakana*, la cruz estelar escalonada). Todas estas fiestas se llevan a cabo con ofrendas o pagamentos a la madre tierra, al agua, a la montaña, a los *wakas* o sitios sagrados en donde los antiguos han dejado vestigios o señas naturales y así ayudar a orientar el vivir. Para hacer pagamento se mambea con hoja de koka y plantas como el tabaco

y otras plantas medicinales. La riqueza cultural ha permanecido a pesar de la discriminación, la imposición de la Iglesia y las diversas violencias que ha vivido el pueblo yanakuna. Se ha logrado generar resistencias y aún los yanakuna trabajan para fortalecer la cultura, la lengua y las tradiciones, así como su propia medicina, prácticas como el tejido, técnicas para trabajar la tierra, la música de flautas de caña de carrizo, que son conocimientos que se siguen transmitiendo entre generaciones.

A nivel organizativo, en cuanto al renacimiento de la memoria, los yanakuna restablecieron el Kamachikuq, que reúne a las autoridades espirituales. Esto sucedió en los años noventa y fue una iniciativa liderada por jóvenes de la época, para la preservación y rescate de simbologías propias, ritualidades del universo quechua, medicina de la tierra, lengua; todo esto ocurrió en los territorios del sur del Cauca, Huila, Valle del Cauca y Putumayo². En este proceso de restablecimiento del Kamachikuq, los jóvenes, mujeres y niños caminaron el territorio para recordar la manera como los ancestros cumplían con las tradiciones³. Fue y ha sido un gran aporte al proceso de descolonización, al renacer de la memoria, la simbología propia y el origen en la cultura quechua yanakuna en Colombia⁴.

Recorrer el territorio yanakuna hizo posible encontrarse con una palabra invisible, con la historia propia, para así poder dar continuidad al fortalecimiento de la identidad, a la lucha por la tierra, tal como lo describiera Juan Friede. El historiador hace referencia a la persistencia yanakuna en el Macizo Colombiano para la defensa de los resguardos, cuando algunos “blancos” quisieron exterminar los resguardos indígenas a través de la parcelación de la tierra y su escrituración con el fin de volverlos privados; a su fuerte resistencia por las vías de hecho para detener cualquier intento de entrada a los territorios, y recurriendo a la defensa de los resguardos a partir de la ley, cuyos “pleitos y procesos en los juzgados llegaron a durar hasta 100 años” (Friede, 1984)⁵.

La *oralitura* yanakuna brinda conocimientos y sentimientos que vienen a través de la lengua y la cosmovisión quechuas desde la memoria de algunos ancianos⁶. Así, podemos hacer un viaje a las luchas y resistencias de los pueblos originarios, a lo que llamamos la *historia propia*, a los documentos de litigios por la tierra, a los títulos de resguardo, a los archivos parroquiales y documentos que han permanecido escondidos y que ayudan al renacer de la memoria cultural e histórica. Es decir, la memoria de saberes, lengua y tradiciones renace desde el olvido y desde la lucha del pueblo originario por permanecer como cultura en el tiempo.

EL CHINCHAYSUYU COMO REGIÓN

El Chinchaysuyu, en el universo quechua, aparece como una de las cuatro regiones que los incas establecieron con la expansión de su gobierno y dominio territorial a lo ancho y largo de Abya Yala (América)⁷. Para ejercer su gobernanza subdividieron el territorio en las regiones que abarcaban lo que hoy son los territorios de Chile, parte de Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y el sur de Colombia. A esto le llamaron el Tawantinsuyu (en lengua quechua, *tawa* quiere decir “cuatro” y *suyu* “región”), o territorio de los cuatro *suyus*, las cuatro regiones. El Chinchaysuyu corresponde a la parte norte, tomando como referencia el Cuzco.

El nombre “Chinchaysusu” se refiere a un tipo de cultura, la de los chinchas, habitantes de zonas que durante el tiempo de expansión inca formaban parte de un tipo de curacazgo o agrupación denominada los *chachapoyas*, y que,

3. Se camina el territorio para conocerlo mejor, para hacer ofrenda a sitios sagrados como son las montañas y ríos, llamados *wakas*; los lugares que guardan entierros o en los que hay señas. Es una tradición que viene desde el tiempo de los incas. Los *chaskis*, el Kamachikuk, los *amawtas* son mensajeros y guías en el caminar espiritual.

4. El tiempo de descolonización se refiere a borrar lo que ha llegado con la invasión de la cultura impuesta desde el tiempo de Colón, y a renovar los conocimientos propios desde los saberes de la tierra.

5. A pesar de la fuerte resistencia yanakuna, algunos resguardos como Santiago del Pongo, El Rosal o Santa Juana fueron exterminados. Lograron resistir y mantenerse: Rioblanco, Wachiconu, Caquiona, Pancitará, San Juan y Santa Bárbara. Hay otras comunidades que han sido restablecidas a partir de procesos organizativos que comenzaron en 1991, con la nueva Constitución Política en Colombia, y estas son: Papallacta, San Agustín, El Paraíso, Rumiayaco, Inti Llakta, Inti Yaku, El Rosal, Yakuas, Isnos, y cabildos de Putumayo y Valle del Cauca.

6. En Colombia, respecto a las lenguas y su preservación se ha trabajado desde las mismas comunidades; no se ha contado con la participación de una política de Estado. En el caso yanakuna, la lengua quechua se ha venido reconstruyendo a través de escuelas de runa shimi (“lengua humana”), que es el mismo quechua o quichua.

7. El “universo quechua” es la manera de entender el mundo desde la cultura inca y el mundo andino.

8. Cuando se hace referencia al Tawantinsuyu (“las cuatro regiones”), no se habla de países sino de regiones.

posteriormente, se desplazaron hacia la región dominada por la tribu de los caras, en Perú⁸. En ese sentido, *chíncha* vendría a ser el nombre de la cultura y población, y *suyu* la región, es decir, “región de los chinchas”. Esta área quedó establecida al norte del Cuzco, en el territorio que hace parte actualmente de Ecuador y Colombia.

En un artículo de Juan Carlos Crespo (1978) se dice que los chinchas tenían como símbolo al jaguar y que hicieron alianza con el inca Túpac Yupanqui a través de un jefe llamado Chíncha Auca.

La gente yanakuna, así como los ingas, killasingas y pastos, que forman parte de la gran familia quechua en Colombia, recibieron aportes culturales de los antiguos chinchas en cuanto a intercambios de saberes, medicinas, tejido, técnicas de trabajo del barro, fabricación de tambos, adobe, preservación de alimentos, semillas y mercadería. Los intercambios se mantuvieron desde épocas preincaicas, pasando por el tiempo de los incas, la época de la Colonia y la Independencia, hasta hoy. Desde la transmisión oral, podemos corroborar que en el territorio han prevalecido ciertos apellidos, toponimias, hidronimias y técnicas del trabajo de la tierra y el tejido.

De igual forma, en las investigaciones de etnohistoriadores y antropólogos, y en las crónicas de Indias, encontramos registros de pasajes históricos y hechos que dejan ver cómo se fue consolidando el manejo de un amplio territorio que va

Los símbolos y saberes han caminado históricamente largas distancias. Aquí un *amawta* quechua yanakuna realiza una ofrenda en el territorio con la *wiphala* (símbolo andino), exhibiendo los colores que identifican a la región del Chinchaysuyu (especialmente el color rojo dispuesto en diagonal).



desde la parte norte de Chile hasta el sur de Colombia. La etnohistoriadora María Rostworowski, entre otros investigadores, hace referencia a las variadas tribus que el inca encontró a su paso y la manera como finalmente se establecieron alianzas o guerras que llevaron a la expansión del Imperio inca. Esto es importante porque en el trayecto estaban los chinchas que, durante el establecimiento del Imperio, se convirtieron en aquellos caminantes que extendieron la mercadería e influencia cultural a otras regiones. Al respecto es necesario agregar que la consolidación de un territorio amplio no fue fácil para el manejo del inca; la misma Rostworowski nos aclara que en el trayecto entre lo que hoy es Ecuador y el sur de Colombia, el inca se encontró con variadas tribus que opusieron fuerte resistencia para no ser sometidas. Entre ellas estaban los cañari, pues poseían tierras, arte y avances en técnicas (Rostworowski, 2001). Es posible –y esto es una hipótesis personal– que una fracción de los cañari, luego del sometimiento al inca, pasó a ser parte de los chinchas y de los mitmak, gente ligada a los yanakuna por ciertas influencias culturales. Y esto se relaciona también con el hecho de que a los habitantes de algunas regiones del Ecuador y el sur de Colombia se les conocía también como “los chinchas”, en alusión a un tipo de gente y una región con asentamiento en un lugar llamado Chincha, en lo que hoy es Ecuador. Podían ser varias tribus que durante la época de los incas se encontraron con los yanakuna y extendieron la influencia hacia el sur de Colombia.

A partir de la invasión española y de las guerras para evitar el sometimiento por parte del inca, se generaron muchas migraciones y desplazamientos de tribus

Warmi o mujer quechua yanakuna del Kamachikuk en el territorio de Kakaoña, al sur del departamento del Cauca. Al fondo el territorio de Kakiona. A la derecha de la *warmi* un bastón con tejido yanakuna que incluye los colores del Chinchaysuyu.





El territorio yanakuna es sagrado y esencial. No solo proporciona los recursos necesarios para la vida, sino que también conecta con los ancestros y la espiritualidad. Es el corazón de las tradiciones y costumbres, y su protección es crucial para mantener viva la identidad cultural y la armonía con la naturaleza.

9. En conversación con Arsenio Wamanga (La Cruz, Nariño), este manifestó que cuando era muy joven escuchó a su padre hablar de un cacique más allá de Wachiconu, llamado “Inca de Salasaka”. La referencia es muy importante pues hoy permite reconocer al cacique Inca de Salazar.

nativas, entre las cuales estaban los yanakuna, los mitmak (llamados mitimaes) y desde luego los chinchas, que intercambiaban víveres con otras tribus. Durante esa época, hubo algunos grupos trasladados a grandes distancias de sus territorios y, según la etnohistoriadora Kathleen Romoli de Avery, quien cita las crónicas, “fueron llevados como cargueros y en ocupación acompañantes en varios oficios para servir a los españoles [...], muchos murieron en el Patía dada las inclemencias de clima y las enfermedades” (Romoli de Avery, 1962, p. 263). De igual manera, encontramos informes de archivos retomados por algunos historiadores para hacer referencia a los trabajos de los yanakuna en las minas de oro en Almaguer, Cauca, en lo que hoy es el sur de Colombia, durante la época del virreinato español. Es decir, por una parte existen referencias de estos traslados ordenados por los españoles y, por otra, narraciones orales que señalan la presencia del yanakuna en el sur del Cauca antes de la llegada de los españoles, y esto se relaciona con lo mencionado anteriormente sobre términos lingüísticos y prácticas culturales que hacen alusión a los “chinchanos” en algunas zonas del sur del Cauca, específicamente en territorio yanakuna.

Desde lo oral, en el territorio los abuelos también nos han transmitido que, en el marco del encuentro con otras tribus, existieron grandes caciques que dieron la lucha por la tierra. Uno de ellos fue el cacique yanakuna Inca de Salazar⁹, que

habitaba en la zona llamada hoy día San Sebastián, en el sur del Cauca, y a quien se debió la consecución de la tierra y la libertad para los yanakuna en el Macizo Colombiano. Documentos antiguos que daban cuenta de lo anterior se perdieron en las guerras, desplazamientos y conflictos. Sin embargo, en la memoria oral que surge junto al fuego y desde el territorio, así como por algunos breves datos de archivos parroquiales y títulos de los resguardos, y por los informes encontrados de la época colonial, se ha logrado tener información que resulta fundamental porque ayuda a reconstruir la memoria oral y escrita para fortalecer la identidad y las resistencias con miras a la permanencia de los territorios y la cultura yanakunas.

YANAKUNA Y PUENTES DE LA MEMORIA ORAL Y ESCRITA EN EL CHINCHAYSUYU

Actualmente está en proceso una investigación que adelanta el *amawta*¹⁰ e historiador quechua yanakuna Ary Campo Chikangana, quien ha hecho seguimiento y reconstrucción histórica al recorrido de los yanakuna. Según él,

Hay datos históricos e investigaciones que muestran que efectivamente la gente yanakuna hace parte de una cultura muy antigua, del orden preincaico, y que en el tiempo del inca ya se daban unos intercambios en el territorio con otras tribus, se compartían saberes y técnicas en trabajos de la tierra, tejidos y medicina, que venían de otras regiones de nuestra Abya Yala, puesto que los yanakuna tenían un conocimiento avanzado en varios aspectos por haber sido gente caminante al servicio del inca. (Comunicación personal con el *amawta* Ary Campo Chikangana, en 2023).

Desde lo oral, y por algunos breves pasajes de archivo del resguardo de San Sebastián, sabemos de la existencia del ya mencionado cacique Inca de Salazar, de los viajes que hizo desde el Cauca hasta Quito para hablar con la representación del rey de España y ponerla en conocimiento de la vida paupérrima que llevaban los yanakuna en las minas de Almaguer, para dar la lucha por la tierra. Se dice que los documentos que daban cuenta de estos viajes y de la vida en las minas se perdieron a causa de un temblor y un deslizamiento de tierra que tapó para siempre las minas de Almaguer y algunos centros en donde se conservaban los archivos. Sin embargo, este cacique está presente en la memoria de la gente yanakuna de la región; a él se deben los títulos de los resguardos y la existencia de un gran título del *llakta* (“gran territorio”) yanakuna que abarcaría una amplia región, desde los límites del nacimiento del río Caquetá, bordeando el río Magdalena, hasta las vecindades de la ciudad de Popayán, incluidas las áreas de Sotará y Timbío.

Historiadores e investigadores como Frank Salomon, Kathleen Romoli y María Rostworowski, entre otros estudiosos de las crónicas de Indias, mencionan que los yanakuna, por haberse revelado contra los incas antes de la llegada del invasor español, fueron condenados a un tipo de servidumbre y su vida fue respetada gracias a la intervención de Mama Ocllo, esposa del inca Manco Cápac, quien pidió no condenar a muerte más de 6.000 yanakuna. El yanakuna se reveló porque no quería estar sometido al inca, al formar parte de las tribus libres que antes del Incario tenían su territorio y cultura. El soberano les perdonó la vida y se convirtieron en servidores de los incas en múltiples oficios: agricultura, manejo de *kipus* (sistema contable con hilos, en tiempo de los incas), tejidos, medicina; incluso algunos llegaron a ser grandes *curacas* (sabedores con conocimientos de medicina y manejo de *kipus*, encargados de gobernar a un número de gente y que a su vez debían responder al inca).



Tejido quechua yanakuna realizado por mujeres del territorio de Yurak Mayu (Rioblanco), en el Cauca, utilizado para cargar la hoja de koka. Se trata de un tejido cuya técnica es antigua, del tiempo de los incas.

10. En quechua, “sabedor de su gente”.



Los chinchas eran grandes comerciantes, con gran destreza en el manejo de la mercadería, y esta condición permitió, junto con la expansión inca, también su alianza, pues los chinchas contribuyeron a la conexión con otras culturas mediante el comercio de tejidos y otros víveres. Igual sucedió con la población mindalae, también dedicados al comercio y transporte de víveres, quienes caminaban grandes distancias para generar intercambios a través de la red de caminos y centros establecidos a lo largo de la región que de Perú llegaba al sur y al norte, en lo que hoy día es Ecuador y Colombia. Otra manera de comunicación e influencia cultural utilizada por los incas fueron los *chaskis*¹¹ o mensajeros, de quienes en los relatos se menciona que tuvieron encuentros con los muisca de Kuntur Marka actual Cundinamarca, e incluso que llegaron al Caribe. Conocí un relato oral, entre otros, relacionado con el encuentro y la forma de hacer alianzas desde la palabra entre muisca y yanakuna en la sabana cundiboyacense, al nombrar algunos cerros y lagunas con toponimias quechuas junto a toponimias muisca. Un ejemplo de esto lo encontramos en la laguna de Ubaque, cerca de la población del mismo nombre, custodiada por los cerros Wayakundo y Kintu: los dos nombres, de expresión quechua, significan “cerro del cóndor” el primero, y “ofrenda a base de hoja de koka” el segundo, y junto a ellos la laguna de Ubaque, con nombre muisca.

La presencia quechua desde la región del Chinchaysuyu, en lo que hoy es Colombia, muestra recorridos territoriales de las pautas que siguieron por el camino ancestral inca: el Kapak Ñan. Las diferentes épocas y guerras escondieron nombres, datos lingüísticos o elementos culturales que nos proporcionan más información sobre la gente chinchana que salió del territorio que hoy es Ecuador y llegó al sur del Cauca, y entre otros lugares a la región de Quinchana en el sur del Huila.

En algunas investigaciones antropológicas y etnológicas sobre los yanakuna se pueden precisar aspectos culturales, tradiciones y manejo territorial en el Macizo Colombiano. El antropólogo Carlos Vladimir Zambrano y el etnólogo Franz Faust han intentado acercarse con sus investigaciones a las tradiciones, al proceso político organizativo y formas de entender el territorio, a la cosmovisión y el renacer de la cultura yanakuna. Sin embargo, hoy día podemos encontrar otras investigaciones que hemos realizado historiadores y antropólogos yanakunas desde lo oral, desde la lengua quechua, desde la medicina propia, desde la corroboración de ciertas hipótesis sobre el poblamiento yanakuna, lo que ha permitido logros identitarios, el resurgir de la lengua runa shimi, conocida también como quechua o quichua, y de igual manera un renacer de las tradiciones de la cosmovisión que compartimos con otras poblaciones de origen quechua en Abya Yala (América). En dicho renacimiento cultural y simbólico encontramos los *raymi* o fiestas propias, la simbología, la medicina sagrada, las fiestas al sol, a la luna, a la mujer, a la madre tierra, cuyo calendario se mantiene aún entre la gente yanakuna.

La influencia de los chinchanos en algunos saberes que aparecen en el territorio ha permanecido en la tradición oral; es casi invisible, pero aparece. Esto ha permitido interpretar ciertas técnicas de trabajo de la tierra que hoy son similares en Colombia y en la cultura quechua en América. Es dicente la nota que hace Kathleen Romoli al mencionar el hallazgo, por parte de otro investigador, de un tipo de *waka*¹² de los chinchas en La Cruz, Nariño (lugar ubicado en el camino hacia las montañas del Cauca), que la etnohistoriadora no acepta a primera vista pero tampoco refuta, y deja como una posibilidad para ampliar la investigación:

IZQUIERDA, ARRIBA
Caminantes quechua yanakuna del Kamachikuk, en el llamado *amawtico* del Apu Punkurku (llamado del territorio para hacer pagamento, a través de los saberes, a la *waka* o lugar sagrado), en Wachiconu y Rioblanco.

IZQUIERDA, ABAJO
Caminantes del Kamachikuk en un ritual del Kapak Raymi (fiesta del retoñar de la madre tierra), en el territorio quechua yanakuna de Wachiconu.

11. Eran quienes comunicaban los mensajes del inca a grandes distancias. En la cultura yanakuna aún se hace recorrido de chaski para algunos aspectos rituales de ofrenda al territorio.

12. La *waka* es un lugar de montaña, generalmente donde hay entierros de los ancestros. También puede ser una montaña que tiene una connotación sagrada porque se considera que hay allí vestigios de los antiguos. La palabra *waka* es quechua y hace referencia a hallazgos de color rojo y gris. Quizá otras investigaciones arqueológicas puedan ayudar a corroborar la presencia chinchana que se caracteriza por el rojo.

[...] confirma que el municipio de La Cruz, Nariño, fue una importante fortificación inca en el reinado de Huayna Cápac: “El cuento de que Añasco y Ampudia encontraron en la parte de La Cruz, una población habitada por una guarnición inca, compuesta de indios chinchas del Perú, parece haber nacido de una confusión entre los ríos Mayo y Angasmayo como límite septentrional”. (Romoli como se citó en Pereira Solarte, 2021, p. 58)

Sin embargo, más adelante, en la investigación aquí citada, afirma que los habitantes de La Cruz y Wachiconu hacen parte de una población de lengua quechua del Cuzco. Asimismo deja abierta la posibilidad de que futuras investigaciones arqueológicas den cuenta de estos hechos y, es más, se preguntan si “pudo darse poblamiento con la gente que se expandió con el mando del inca Túpac Yupanqui en los años 1463-1465” (p. 274).

La etnohistoriadora complementa la investigación con la tradición oral, con la voz de algunos abuelos, lo que permite hacer seguimiento a la palabra “chinchano” y a la memoria que surge de dicha presencia. Ahora bien, aclaro que no se trata de una amplia población chinchana sino de un número pequeño que, junto a los mitmak, dejaron testimonio cultural de su paso por el sur del Cauca.

Por lo general, la palabra “chinchano”, así como las señas sobre algunas técnicas en el tejido y otras labores, siguen el camino desde la frontera con Ecuador hacia la montaña en el Cauca. Este se bifurca en varios caminos que entran a los territorios indígenas, y continúa hacia Papallakta, al sur del Cauca, sobre el nacimiento del río Magdalena, hasta llegar a un lugar llamado Quinchana.

La palabra “chinchano” crea de alguna manera puentes entre lo pasado y aquello que interroga el presente. Y es aquí donde recurrimos a la oralitura para mirar la historia escrita y la oralidad, e intentar hacer una aproximación a hechos cotidianos, a formas de trabajar la tierra, la casa, la medicina, detalles que se pueden apreciar en las comunidades y a los que no se les ha dado la importancia que merecen, precisamente porque Occidente ha contado la historia a su manera, sin recoger el sentir de los pueblos ancestrales. Desde la cosmovisión de los pueblos originarios, hay variados elementos lingüísticos y de técnicas de trabajo que pueden retomarse para entender los distintos aportes culturales que aparecen en dichos encuentros de tribus en el tiempo.

FUEGO, TULPA Y ORALITURA

Regresando a la oralitura, decimos que esta presenta varios campos de acción: la transmisión generacional, lo que llamamos la “escuela del fogón y la *tulpa*¹³”, los aprendizajes y descubrimientos en el territorio, la espiritualidad hombre-naturaleza, el cosmos como memoria y fuerza que influyen en la vida humana, y los escritos históricos dentro de los territorios originarios o fuera de estos, realizados por escribanos o por investigadores.

Los períodos de encuentro y sometimiento, tanto al inca como al español, conllevaron traslados de gente yanakuna y mitmak a lo largo del camino andino, lo que trajo, desde el español, mucha tragedia para la población y, desde el inca, un tipo de encuentro de lenguas que buscaba implementar el quechua y un tipo de técnicas de trabajo de influencia inca a partir de la lengua quechua y la cosmovisión. Sobre la ocupación española, sabemos por crónicas de archivo que un gran número de la población indígena fue exterminado, aquellos que habían sido sometidos como cargueros, en diferentes labores, con trabajo forzado en

13. La *tulpa* son tres piedras que acompañan al fuego. Representan la familia y los tres mundos en la cosmovisión yanakuna.



las minas de oro en Almaguer. Por su parte, el territorio, las lagunas, los vientos y el páramo, si bien fueron muy duros para la vida del indígena, igualmente contribuyeron a la lucha y resistencia. Desde la tradición oral yanakuna se dice que las lagunas, los páramos y los caminos toman vida humana y se vuelven impenetrables para aquel que la naturaleza no reconoce.

Al seguir haciendo memoria a partir de la oralitura y las diferentes escrituras, encontramos puentes de conexión para la comprensión del presente haciendo viajes al pasado, es decir, desde la palabra comunitaria junto al fogón. De tal manera que cada día hay una reinención como cultura y un fortalecimiento identitario como cultura ancestral. De ahí que la transmisión generacional es también transmisión de la palabra que resiste actualmente como resistieron los ancestros a procesos de extinción. Un ejemplo de lo que estamos mencionando es la utilización de la palabra “chinchano” en el sur del Cauca y parte del Huila, que se fue convirtiendo en una burla; ser chinchano adquirió un significado despectivo, como “el forastero”, “el de afuera” del territorio. En este sentido, la palabra pierde significado y entonces hay que reconfigurarla, devolverle su verdadero sentido, el concepto que tiene verdaderamente desde la historia, desde la cultura en el tiempo. En esto es fundamental la oralitura y la escritura textil, pues nos ayudan a reconstruir memoria del origen para seguir escribiendo nuestra propia historia¹⁴. Así como en el tejido, entrecruzando los diversos hilos y

Yachachik quechua yanakuna del Kamachikuk activando el fuego con bastones espirituales en el camino hacia el Apu Punkurku, al sur del Cauca. Un *yachachik* es un maestro y guía espiritual; es un conocedor, actúa con coherencia y sabe manejar el fuego desde lo espiritual.

14. La escritura textil se refiere a aquellos signos que aparecen en las piedras, en los tejidos, que corresponden a símbolos del territorio, o a memoria y señales de los ancestros.

colores se llega a la construcción de elementos que ayudan a explicar las palabras y acciones que permanecen en el territorio y en el tiempo.

Entendemos por esa razón la insistencia de nuestros ancianos y ancianas cuando, al hablar de los chinchanos, hacían la claridad de que ellos eran caminantes que venían de una tierra llamada Chincha, para traer medicina, ropa, semillas y noticias de otras tierras; similares a los chaskis que llevaban mensajes de una región a otra, pero en este caso la especialidad de los chinchanos era intercambiar víveres, medicina y labores artesanales. Aún hoy día podemos encontrar algunos abuelos que dicen tener familia en tierras de los chinchanos, que venían de lejos, del Ecuador, y que tenían como primer asentamiento La Cruz, Nariño.

¿Y por qué son importantes estas anotaciones desde nuestro sentir, qué importancia tienen para Colombia? Pues por la razón que hemos señalado: la historia de nuestros pueblos originarios se ha contado a retazos o, en muchas ocasiones, desde el colonialismo que ha impedido un ordenamiento mental y territorial que dé cuenta de las luchas, pero también de las resistencias culturales, sociales y económicas de los pueblos originarios. Asimismo para saber que desde el arte de la palabra podemos contribuir a la comprensión de un pasado lleno de penas, pero también de luchas por la permanencia cultural desde la transmisión de conocimiento y los aportes como cultura nacional, en este caso desde la cosmovisión quechua y el sentimiento de compartir el Chinchaysuyu como región cultural sin fronteras a nivel latinoamericano.

Los encuentros comunitarios alrededor del fuego y con música son fundamentales. Estos momentos no solo fortalecen los lazos sociales y espirituales, sino que también permiten la transmisión de conocimientos y la celebración de su identidad cultural. El fuego y la música son elementos centrales que crean un sentido de pertenencia y unidad en la comunidad.



Al respecto, explicamos que las cuatro regiones del Tawantinsuyu tienen su respectivo color en los símbolos que las identifican. Así, por ejemplo, la región del Chinchaysuyu, la que nos ocupa, se reconoce por el color rojo que va en forma de triángulos y de manera diagonal sobre el estandarte o bandera de colores que llamamos *wiphala*. Este color representa la resistencia, la lucha, la fuerza que surge desde la madre tierra; es además la memoria constante del retorno hacia un tiempo de transformación humana que comúnmente se denomina como el Pachakuti (el tiempo de transformación de la conciencia).

Con relación a la palabra “chinchano”, específicamente en el sur de Colombia me ha intrigado la palabra “Quinchana”, nombre de un poblado en el sur del Huila, cerca del Cauca, una zona en donde se conservan términos quechuas. En este lugar hay población de origen yanakuna, y memoria del paso o instalación de otras culturas. “Quincha”, según el quechuista boliviano Jesús Lara, se define como “tallo o rama de quinua”. Otros diccionarios del Cuzco la definen como “construir un cerco simple”; se adiciona al final la sílaba “na”, que puede ser el sufijo para expresar el gentilicio del lugar o la villa. Retomando el quechua cuzqueño, el significado es: “ahí el cerco o cercado simple”. Este lugar del Cauca es precisamente un “lugar reservado” a la vista del caminante.

Me pregunto si quizás el nombre inicial fue Chinchana en vez de Quinchana, es decir, si fue un punto chincha. Esto debido a que la zona ha sido un lugar de estación para el caminante, un tambo adonde llegaron caminantes del resguardo yanakuna de Rioblanco hace sesenta años. Algunos ancianos mencionan que los chinchanos caminaban desde Nariño por el camino antiguo que va del Cauca a San Agustín y se estacionaban precisamente en este lugar de descanso, que con el tiempo conocimos como Quinchana, antes de tomar la ladera hacia el actual poblado de San Agustín, Huila. Tal información me permite hacer estas conjeturas que están ahí para ser analizadas.

CAMINO Y CAMINANTES

En el camino antiguo que conecta a lo que hoy es el Cauca con el Huila, en el nacimiento del río Magdalena, existen algunos escritos en piedra que se conocen como “el lugar del letrado”. Durante la época de la presencia española, la Iglesia decía que eran señas de “la pezuña del diablo”. En escritos de santa Gertrudis se hace una breve descripción del paso por estos páramos, la espiritualidad de los caminantes. En un breve pasaje de escribanos criollos se menciona que los yanakona “podían hacer llover haciendo ofrendas con hoja de koka y piedras para llamar la lluvia y el trueno”.

De antiguo, por este camino que comunica al Cauca con el Huila, pasaron los españoles y, posteriormente, desde Almaguer se generaron acciones de comercio de bienes de consumo como sal, hoja de koka, quina y anís. Se dice que los caminantes venían desde el Ecuador y también viajaban de este lado hacia ese país llevando todo tipo de víveres. Por su parte, el historiador Germán Colmenares hace referencia a Almaguer como un centro muy importante en la época española por la presencia de las minas de oro, pero asimismo nos hace ver que debido a estas minas y a los trabajos forzados se ocasionó una catástrofe de gran magnitud demográfica entre los indígenas. La ausencia de registros sobre la vida cotidiana hace difícil determinar el grado de interacción social de los nativos de la época y la manera en que se dieron el trueque y otras formas de afrontar la vida desde otras dimensiones como, por ejemplo, el *pikchado* o mameo de la hoja de koka¹⁵.

15. El *pikchado* es el masticado de la hoja de koka que se practica entre los yanakuna.



Los caminos, las montañas y las *wakas*, lugares sagrados de los espíritus en el territorio quechua yanakuna, son profundamente respetados y protegidos. Simbolizan la armonía y el equilibrio con el entorno.

Con el tiempo, los caminos del Macizo Colombiano se convirtieron en senderos de escape para los indígenas debido a las penurias vividas en los territorios ocupados, el sometimiento, el empobrecimiento y la muerte. Atravesar los caminos era de mucho riesgo. Cruzar el páramo comprometía exigencias espirituales, pues bien se dice desde la cosmovisión quechua yanakuna que el páramo y las lagunas son bravas, tienen espíritus que actúan según como se les trate; piden ofrenda y respeto, y si no se les da semillas u hoja de koka pueden cobrar con la vida. En aquellas épocas, por los años setenta, ochenta y noventa los caminos permanecían llenos de fango, piedras y *chuquiales* (barriales).

Los caminantes chinchanos y luego los yanakuna, los mitmak y los chaskis transportaban anís, quina, sal, koka y mambe para intercambiar por maíz, quinua, frijol, sebo de animales, semillas, tejido, cultura, palabra y conocimientos. Hoy día se camina y los intercambios persisten, máxime cuando hay necesidad de hacer guardia a las fuentes de agua y nacimientos de los ríos de Colombia que conectan con otros nacimientos en una región compartida por los departamentos de Cauca y Huila. Aún en tiempos actuales este camino representa un reto y los yanakuna lo conocen muy bien, pues en el renacer de la memoria se han empeñado en reconstituir el territorio ancestral, las formas de gobierno y las ritualidades a las lagunas.

LENGUA Y ESCRITURA

En el Macizo Colombiano, la cosmovisión quechua, la escritura y la oralidad han tejido puentes culturales con la escultura de Wakakayu (hoy San Agustín, Huila), con sus figuras antropomorfas que contienen elementos de fauna también manejados en el territorio yanakuna, como es el caso de la serpiente, el puma; con la ritualidad al sol, la luna, la medicina sagrada. Esto, desde luego, ha repercutido en el fortalecimiento de la identidad y el patrimonio vivo como cultura nacional. Del quechua, quichua o runa shimi existe un gran número de palabras y expresiones que se conocen en varios lugares de Colombia.

En cuanto a la escritura, se puede decir que en los tejidos hay elementos que se remontan a épocas muy antiguas, como es el uso de los telares de madera conocidos como *wanga*, en donde se hacen ponchos, fajas o chumbes con diseños de caminos, pájaros y montañas de una manera abstracta, dejando ver un lenguaje textil que desde luego fue afectado por las guerras y sometimientos.

La violencia sufrida en Colombia no nos había permitido compartir conocimientos y formas de caminar y entender mejor la vida. Sin embargo, están los pueblos originarios que, como en este caso, preservan la cosmovisión y conocimientos que surgen en el territorio.

En términos generales, pretendo dar a conocer que en las diferentes épocas se ha tejido una historia sobre la vida y la lucha de los yanakuna, pero igualmente mostrar la influencia y la presencia de los chinchas, de los mitmak, los chaskis, en el marco de su tejido de historia quechua que traspasa fronteras geográficas y sociales. Es una memoria que se renueva constantemente, que resiste desde la palabra y se niega a desaparecer. Por tanto, vale la pena hacer visible dicha historia, tanto oral como escrita, para generar interés investigativo y de apropiación por la gente yanakuna de la actualidad, el interés de hoy día en el quehacer de la oralitura y de la historia propia. ■

REFERENCIAS

- Colmenares, G. (1997). *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Crespo, J. C. (1978). Chinchá y el mundo andino en la relación de 1558. *Histórica*, 2(2), 185-212. Disponible en: <https://doi.org/10.18800/historica.197802.003>
- Faust, F. (2001). *Cosmovisiones populares indoamericanas*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Friede, J. (1984). El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del macizo central colombiano. Bogotá: La Chispa.
- Lara, J. (2001). *Diccionario qheshwa-castellano, castellano-qheshwa*. La Paz (Bolivia): Los Amigos del Libro.
- Pererira Solarte, S. (2021). Qhapaq Ñan. El camino inca en el tramo nororiental del departamento de Nariño, Colombia. *Investigium IRE: Ciencias Sociales y Humanas*, xii(2), 43-61. Disponible en: <https://doi.org/10.15658/10.15658/INVESTIGIUMIRE.221202.04>.
- Romoli de Avery, K. (1962). El suroeste del Cauca y sus indios al tiempo de la conquista española. Según documentos contemporáneos del distrito de Almaguer. *Revista Colombiana de Antropología*, 11, 241-302.
- Rostworowski, M. (2001). *Obras completas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salomon, F. (1980). *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas*. Otavalo (Ecuador): Instituto Otavaleño de Antropología.
- Zambrano, C. V. (1995). Etnicidad y cambio cultural entre los yanacunas del Macizo Colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 32, 126-146.

